



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

III "ALFONSO" 1913
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

LOS AMORES EN CUARESMA

Una noche de cuaresma, Rodolfo volvió á su casa temprano con intención de trabajar. Pero apenas se hubo sentado ante la mesa y mojado la pluma en el tintero, cuando un rumor especial le distrajo; y, aplicando el oído al indiscreto tabique que le separaba del cuarto inmediato, oyó y distinguió perfectamente un diálogo alternado con besos y otras amorosas onomatopeyas.

—¡ Diab!o!—pensó Rodolfo mirando su reloj.—No es tarde todavía... Y mi vecina es una Julieta que tiene ordinariamente á su Romeo hasta mucho después del canto de la alondra. Esta noche me sería imposible trabajar;—y tomando su sombrero, salió.

Al dejar la llave en la portería, sorprendió á la mujer del portero medio aprisionada entre los brazos de un galán. La pobre mujer se asustó

TOMO I.—6.

tanto, que estuvo más de cinco minutos sin poder tirar del cordón.

—Está visto,—pensó Rodolfo;—hay momentos en que las porteras vuelven á ser mujeres.

Al abrir la puerta, halló en el rincón un zapador-bombero y una cocinera libre de servicio, que se daban las manos y trocaban entre sí algunos anticipos amorosos.

—¡Pardiez!—dijo Rodolfo aludiendo al guerrero y á su robusta compañera.—Estos herejes no se acuerdan de que estamos en cuaresma.

Y se puso en camino para dirigirse á casa de uno de sus amigos que vivía en la vecindad.

—Si Marcelo está en su casa,—iba diciéndose,—pasaremos la velada hablando mal de Colline. Hay que ocuparse en algo...

Después de llamar vigorosamente, se entreabrió la puerta, y apareció un joven vestido sencillamente con un monóculo y con la camisa.

—No puedo recibirte,—dijo á Rodolfo.

—¿Por qué?

—¡Toma!—dijo Marcelo, señalando á una cabeza femenina que acababa de aparecer detrás de una cortina;—ahí tienes mi respuesta.

—No es muy guapa, que digamos,—contestó Rodolfo á quien habían dado con la puerta en las narices.—¿Y ahora, qué hacemos?—dijo cuando se vió en la calle.—¿Si fuera á ver á Colline? Pasaríamos el tiempo hablando mal de Marcelo.

Mientras atravesaba la calle del Oeste, ordinariamente obscura y poco frecuentada, Rodolfo distinguió una sombra que se paseaba melancólicamente, mascullando rimas entre dientes.

—¡Hola, hola!—dijo Rodolfo.—¿Quién será ese soneto que está esperando? ¡Toma, si es Colline!

—¿Eres tú, Rodolfo? ¿Dónde vas?

—A tu casa.

—No me encontrarás.

—¿Qué haces aquí?

—Espero.

—¿Y qué es lo que esperas?

—¡Ah!—exclamó Colline con énfasis irónico.—

¿Qué es lo que puede esperarse cuando se tienen veinte años, y hay estrellas en el cielo y canciones en el aire?

—Habla en prosa.

—Espero á una mujer.

—Buenas noches,—dijo Rodolfo que continuó su camino hablando consigo mismo.—¡Cáspita!—decía.—¿Es hoy acaso San Cupido, y no he de poder dar un paso sin tropezar con amantes? Esto es inmoral y escandaloso. ¿Qué hace la policía?

Como el Luxemburgo estaba abierto todavía, Rodolfo entró para abreviar su camino. Por los desiertos senderos veía desaparecer ante sí, como asustadas por el ruido de sus pasos, algunas parejas misteriosamente enlazadas que buscaban, según dice un poeta: «la doble voluptuosidad del silencio y de la sombra».

—Esta noche parece copiada de una novela,—dijo Rodolfo. No obstante, embargado á pesar suyo por una encantadora languidez, se sentó en un banco y miró sentimentalmente la luna.

Al cabo de un rato, estaba por completo bajo el yugo de una febril alucinación. Le parecía que los dioses y los héroes de mármol que pueblan el jardín, bajaban de sus pedestales para ir á cortejar á las diosas y heroínas cercanas; y oía distintamente al corpulento Hércules dedicar un madrigal á Veleda, cuya túnica le pareció singularmente encojida.

Desde el banco donde estaba sentado, percibió

al cisne del surtidor que se dirigía hacia una ninfa de las intermediaciones.

—¡Está bien!— pensó Rodolfo, que aceptaba toda aquella mitología.—Allá va Júpiter que se dirige á la cita de Leda. ¡Con tal de que no les sorprenda el guarda!

Después apoyó la frente entre las manos y se hundió más y más las espinas del sentimiento. Pero, en aquel hermoso instante de su sueño, Rodolfo fué despertado bruscamente por un guarda que se acercó á él y le golpeó en el hombro.

—Caballero, es hora de salir,—dijo.

¡Qué fortuna!—pensó Rodolfo.—Si llego á estar cinco minutos más, tendría en mi corazón más vírgenes encantadas que las que hay en las orillas del Rhin ó en las novelas de Alfonso Karr.

Y siguiendo su camino, salió á toda prisa del Luxemburgo, tarareando en voz baja una canción sentimental, que era para él *La Marsellesa* del amor.

Media hora después, sin saber cómo, se hallaba en el *Prado*, sentado delante



de un *punch* y hablando con un mocetón, célebre por su nariz, que por especial privilegio, es aguiluña de perfil y roma de frente; una señora nariz que no carece de gracia, y que ha tenido bastantes aventuras amorosas, para poder dar, en casos semejantes, un buen consejo y ser útil á un amigo.

—Así, pues,—decía Alejandro Schaunard, el hombre de la nariz,—¡está usted enamorado!

—Sí, amigo mío... desde hace un momento, de pronto; como un intenso dolor de muelas en el corazón.

—Deme tabaco,—dijo Alejandro.

—Figúrese usted,—continuó Rodolfo,—que desde hace dos horas no encuentro más que amantes, hombres y mujeres, por parejas. He tenido la idea de entrar en el Luxemburgo, donde he visto toda suerte de fantasmagorías, y esto me ha removido extraordinariamente el corazón; me inspira elegías; balo y arrullo; me siento metamorfosear parte en cordero y parte en palomo. Fíjese usted bien; debo tener lana y plumas.

—¡Usted habrá bebido!—dijo con impaciencia Alejandro.—Me está usted embromando.

—Le aseguro que conservo mi sangre fría,—dijo Rodolfo.—Es decir, no. Pero he de comunicarle que tengo necesidad de abrazar algo. ¿Ve usted, amigo Alejandro? El hombre no debe vivir solo: en una palabra, es preciso que usted me ayude á encontrar una mujer... Vamos á dar una vuelta por el baile, y la primera que le designe, va usted y le dice que la amo.

—¿Por qué no va usted mismo á decirselo?—respondió Alejandro con su soberbio tono nasal.

—¡Ah! amigo—dijo Rodolfo,—le aseguro á usted que he olvidado completamente cómo se arre-

gla uno para decir estas cosas. En todas mis novelas amorosas, mis amigos han escrito siempre el prefacio y algunos hasta el desenlace. Yo no he sabido empezar nunca.

—Lo que conviene es saber acabar,—dijo Alejandro;—pero le comprendo. He visto una muchacha muy aficionada al óboe á quien podría usted, tal vez, convenir.

—¡ Ah!—replicó Rodolfo.—Yo quisiera que tuviese guantes blancos y ojos azules.

—¡ Demonio! Ojos azules no digo que no... pero los guantes... ya sabe usted que no se puede tener todo á la vez... Sin embargo, vamos al barrio de la aristocracia.

—Mire usted,—dijo Rodolfo al entrar en el salón donde acuden las elegantes del lugar:—aquí hay una de aspecto muy dulce...—y le señalaba una joven puesta con mucha elegancia que permanecía en un rincón.

—¡ Está bien!—respondió Alejandro— Quédese usted algo atrás; voy á lanzarle por su cuenta el brulote de la pasión. Cuando tenga que venir... le llamaré.

Durante diez minutos Alejandro conversó con la joven, que, de vez en cuando, soltaba alegres risotadas y acabó por lanzar á Rodolfo una sonrisa que quería decir claramente:—Venga usted, su abogado ha ganado la causa.

—Vaya usted,—dijo Alejandro,—la victoria es nuestra; la muchacha no se ha mostrado cruel, pero adopte una actitud ingenua para comenzar.

—No tiene necesidad de recomendármelo.

—Entonces, deme un poco de tabaco,—dijo Alejandro,—y vaya usted á sentarse á su lado.

—¡ Jesús!—dijo la joven, cuando Rodolfo tomó

asiento á su lado.—¡ Qué gracioso es su amigo de usted! Habla como un cuerno de caza.

—Es que es músico,—respondió Rodolfo.

Dos horas después, Rodolfo y su compañera se detenían ante una casa de la calle de San Dionisio.

—Vivo aquí,—dijo la joven.

—Y bien, querida Luisa, ¿cuándo podré verla á ver y dónde?

—En su casa de usted mañana á las ocho de la noche.

—¿ De veras?

—Esta es mi promesa,—respondió Luisa presentando sus frescas mejillas á Rodolfo, quien hasta mordió en aquellos hermosos y sazonados frutos de juventud y lozanía.

Rodolfo entró en su casa ebrio, loco.

—¡ Ah!—dijo, mientras paseaba por su cuarto á grandes pasos.—Esto no puede quedar así; es preciso que escriba algunos versos.

Al día siguiente, por la mañana, su portero encontró en el suelo unas treinta cuartillas en cuya cabecera se destacaba con majestad este alejandrino solitario:

¡ Oh, Amor! ¡ oh, Amor! tu reinas en la edad juvenil.

Aquel día, contra su costumbre, Rodolfo se despertó muy temprano, y aunque había dormido poco, se levantó en seguida.

—¡ Ah!—exclamó.—¿ Con que es hoy el gran día?... Pero tener que esperar doce horas... ¿Cómo podré colmar esas doce eternidades?

Y tropezando su mirada con el bufete, le pareció que su pluma se estremecía, como diciéndole:—¡ Trabaja!

—¡Ah! sí, trabaja, ¡despreciable prosa!... No quiero quedarme; la tinta apesta.

Y se marchó á un café en que estaba seguro no encontraría amigos.

—Conocerían que estoy enamorado,—pensó,— y se burlarían de antemano de mi ideal.

Después de un almuerzo muy frugal, corrió al ferrocarril y subió á un vagón.

Al cabo de media hora estaba en el bosque de Ville d'Avray.

Rodolfo se paseó durante todo el día, embriagado por la naturaleza rejuvenecida, y no regresó á París hasta la caída de la tarde.

Después de poner en orden el templo que iba á recibir á su ídolo, Rodolfo se vistió según exigían las circunstancias, lamentando no poderse vestir de blanco.

De siete á ocho fué presa de la aguda fiebre del que espera, suplicio fento que le recordó sus pasados días y los amores antiguos que habían sido su encanto. Después, según costumbre, soñó en una gran pasión, un amor en diez tomos, un verdadero poema lírico con sus noches de luna, sus puestas de sol, sus citas bajo los sauces, sus celos, suspiros y todo lo demás. Y esto le pasaba cada vez que el azar conducía una mujer á su puerta, y ni una sola se había marchado sin llevarse una aureola en la frente y en el cuello un collar de lágrimas.

—Ellas preferirían un sombrero ó un par de botas—le decían sus amigos.

Pero Rodolfo se obstinaba, y no habían podido curarle hasta entonces las numerosas inocentadas que había cometido. Y continuaba esperando á una mujer que deseara ser su ídolo, un ángel en



traje de terciopelo á quien pudiera dedicar con entera confianza los sonetos escritos en una hoja de sauce.

Por fin, Rodolfo oyó tocar la «hora santa»; y cuando el último golpe sonó en el timbre de metal, creyó ver que el *Amor* y la *Psiquis* que coronaban su reloj, enlazaban sus cuerpos de alabastro. En el mismo instante sonaron dos golpecitos en la puerta.

Rodolfo corrió á abrir; era Luisa.

—Mantengo mi palabra—dijo—; ya lo ve usted!

Rodolfo corrió las cortinas y encendió una bujía nueva.

Durante este tiempo la muchacha se había quitado su chal y sombrero, que colocó sobre la cama. La deslumbrante blancura de las sábanas la hizo sonreír, y casi ruborizar.

Luisa era más graciosa que linda; su fresco rostro ofrecía una curiosa mezcla de ingenuidad y de malicia. Era algo así como un motivo de Greuze retocado por Gavarní. Toda la atractiva juventud de la joven estaba cuidadosamente puesta de relieve por un traje que, aunque muy sencillo, atestiguaba en ella esa innata ciencia de la coquetería que todas las mujeres poseen, desde que balbucean sus primeras palabras, hasta que visten su traje de boda. Luisa, además, parecía que hubiese estudiado la teoría de las actitudes, y delante de Rodolfo, que la examinaba como un artista, tomaba una multitud de posiciones seductoras, cuyo amaneramiento tenía muchas veces más gracia que el natural: sus pies, delicadamente calzados, eran de una pequeñez satisfactoria... hasta para un romántico enamorado de las miniaturas andaluzas ó chinas. En cuanto á sus manos,

su delicadeza atestiguaba su ociosidad. En efecto, desde hacía seis meses, no habían tenido que temer las picaduras de la aguja. En una palabra, Luisa era una de esas aves inconstantes y pasajeras que, por capricho y con frecuencia por necesidad, hacen por un día, ó más bien por una noche, su nido en las buhardillas del barrio latino, en el que se detienen de buena gana algunos días, si se las sabe retener por su capricho ó con cuatro cintajos.

Después de haber conversado una hora con Luisa, Rodolfo le mostró como á ejemplo el grupo de Amor y Psiquis.

—¿No son Pablo y Virginia?—dijo.

—Sí—respondió Rodolfo, que no quiso por entonces contrariarla con una contradicción.

—¡Qué bien imitados!—respondió Luisa.

—¡Ah!—pensó Rodolfo mirándola—la pobre muchacha no está muy fuerte en literatura. Estoy seguro de que se limita á la ortografía del corazón, la que prescinde de las haches y las comas. Será preciso que le compre una gramática.

Sin embargo, cuando oyó que Luisa se quejaba de que la molestaba el calzado, la ayudó galantemente á desatar las botitas.

De pronto se apagó la luz.

—¡Toma!—gritó Rodolfo—¿quién ha soplado la bujía?

Una alegre risotada le contestó.

Algunos días después, Rodolfo encontró en la calle á uno de sus amigos.

—¿Qué haces?—le preguntó éste.—No se te ve nunca.

—Compongo poesía íntima—respondió Rodolfo.

El desdichado decía la verdad. Había pedido á Luisa más de lo que la muchacha podía darle. Musette no daba los sonidos de una lira. Hablaba, por decirlo así, la jerigonza del amor, y Rodolfo estaba empeñado en hablar en estilo elevado. Así es que no se entendían gran cosa.

Ocho días después, en el mismo baile donde había encontrado á Rodolfo... Luisa topó con un joven rubio, que la invitó á bailar varias veces, y al terminar la velada la condujo á su casa.

Era un estudiante de segundo año, hablaba perfectamente la prosa del placer, tenía bonitos ojos y el bolsillo sonoro.

Luisa le pidió papel y pluma, y escribió á Rodolfo una carta concebida así:

«No cuentes más con migo, te abrazo por última vez. A Dios.—Luisa.»

Mientras Rodolfo leía este billete, al volver aquella noche á su casa, la luz se apagó de repente.

—¡Toma!—dijo Rodolfo á modo de reflexión;—es la bujía que encendí la noche en que vino Luisa: debía acabarse al par de nuestra unión. Si lo hubiera sabido, la hubiera comprado más larga—añadió con acento que participaba de despecho y de tristeza, y depositó el billete en un cajón que solía llamar las catacumbas de sus amores.

Un día, hallándose en casa de Marcelo, Rodolfo recogió del suelo, para encender su pipa, un pedazo de papel en el que reconoció el carácter de letra y la ortografía de Luisa.

—Yo tengo—dijo á su amigo—un autógrafa de

la misma persona; únicamente que hay dos faltas menos que en el tuyo. ¿No prueba esto que me quería más que á ti?

—Esto prueba que tú eres un imbécil—le respondió Marcelo:—los hombros blancos y los blancos brazos no necesitan saber gramática.



IV

ALI-RODOLFO Ó EL TURCO POR FUERZA

Lanzado al ostracismo por un propietario sin entrañas, Rodolfo vivía desde hacía algún tiempo más errante que las nubes, y perfeccionaba lo mejor que sabía el arte de acostarse sin cenar, ó de cenar sin acostarse; su cocinero se llamaba Azar, y se albergaba con frecuencia en la posada de la Intemperie.

Dos cosas, sin embargo, no abandonaban á Rodolfo en medio de sus penosos reveses; su buen humor y el manuscrito de *El Vengador*, drama que había recorrido las administraciones de todos los teatros de París.

Un día que Rodolfo fué conducido al cuartelillo á causa de ciertos excesos coreográficos, se encontró de manos á boca con un tío suyo, el señor Monetti, constructor de estufas, sargento de la guardia nacional, á quien Rodolfo no había visto desde tiempo inmemorial.

Conmovido por las desdichas de su sobrino, el tío Monetti prometióle mejorar su posición, y aho-